

# MARINA

por J. Martínez Migura.

**E**N el horizonte rasgado apenas las lóbregas tinieblas de la noche, la sonrosada aurora empezaba a blanquear el firmamento con destellos áureos, que al chocar con el rocío suspendido de aromáticas flores semejaban perlas arrancadas del fondo del ignoto océano, cuando ya notábase en el pueblo el cotidiano tragín yendo y viniendo, ora gritando aquí, ora gritando allá, preparando los avíos de pesca, a lo cual se dedicaban los pacíficos costeños moradores del poblacho. Ya en lontananza se divisan algunas barquillas pareciendo querer alcanzar al astro diurno en su carrera, y las cuales al golpe del aire, con sus nítidas velas extendidas parecían alejarse cual gaviotas; ya el Dios Eolo con su cara bonachona y alegre al impulso de sus gigantescos pulmones con acompasada respiración colábase por entre el cordaje pareciendo susurrarles lindas barcarolas incitándolos a internarse más adentro de aquel mar proceloso que semejaba ahora terso espejo en el que retratárase la más bella ninfa de los mares.

Ya estaba el astro rey en el horizonte cuando Pedro, el patrón más joven de la aldea, reunido había a su gente, disponíase a lanzar su ligera gabarra al agua para lanzarse en seguimiento de sus compañeros que cual hilera de plata se dejaban ver desde la playa hasta el confín del horizonte. Ya al agua está lanzado el frágil madero, ya en él toman sus puestos la tripulación; sólo falta el grito del patrón para que al acompasado y potente golpe del remo, se deslice la «María» pareciendo al ligero trineo que en helada estepa tirado por ligero reno, no corre, sino vuela en busca de la posta que proporciónale calor, refrigerio y descanso.

Mas aquel día parecía ser que el bravo patrón cual si un presentimiento extraño le estuviera azuzando su alma, habíale cogido miedo, desconfiando a aquella quietud del agua y en su espíritu pugnaba por quedarse o por lanzar el grito ansiado

por su gente de ¡Avante! Atormentábanle a él, que nunca, ni aún en las más fieras tempestades que asolado habían aquella costa sotaventina le habían arredrado, al dejar en tierra, en aquella playa que se podía volverles árida y desierta, anciana mujer y gentil doncella que compartían el pan del pobre ora mezclado de alegría al tener pingües ganancias por la buena pesca, ora mezclado de lágrimas por su impotencia con los elementos que le vedaban ir en busca del sustento. Reuníanse en aquel techo

adorado la Primavera y el Otoño de la vida, amábalas como puede amar el hombre honrado que sin temor a su conciencia y a su Dios, cumple con el deber, cumple con lo escrito para él en el libro rígido e inexorable del destino, con aquella ciega confianza del que se contenta en su mísero estado. El las sustentaba, él las cobijaba, por él no padecían hambre y frío y para él tenían sus mejores caricias, sus más bellos consuelos. ¡Cuántas veces con fervorosa devoción habían rezado por su alma, por su salvación cuando con su gente batallaba contra el bravío mar viendo a lo lejos la fogata encendida en la playa anunciándoles el puerto seguro, entreviendo en su alucinada imaginación el chisporroteo del hogar con que secar sus trajes y la mullida cama donde reposar sus cansados miembros!

Mas era preciso ganar el jornal, no por un temor vago dejar sin pan a sus compañeros de jornada, y hostigado por este pensar y por las chanzonetas que con confianza largaban a su patrón los marinos, decidióse y arrancó de la playa la veloz «María» alejándose cada vez más en el horizonte hasta que la más perspicaz vista la confundió en una línea de agua y cielo.

La pesca se presentaba aquel día animada, veíanse por doquier fosforescencias anunciando los minúsculos pescados, por doquier agitábase el agua con pequeñas ondulaciones semejando hoja de papel que bajo cortante filo se rasgara, al

